

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 3388

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NUMS. 4 Y 58

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjeros, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 15 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Ciamartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, No. 168.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCELSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 19 Octubre de 1889.

DESPIERTA.

Despierta Elisa: el matinal albor
Las densas sombras ahuyentando ya,
Y vuela el aura perfumada ya,
Sus alas leves en la fresca flor.
Ven; no hay encanto, para mí mayor
Que el que tu vista á mis sentidos da,
Ven, que en las tazas humeando está
El aromado y sin igual licor.
Café de El Barco de Valencia es,
De el que te gusta con pasión á tí
Porque conserva á par nuestra salud.
Por el sin fiebre y con color te ves,
Por el me tienes á tu lado á mí
¿Serás ingrata con El Barco tú?

Los exquisitos chocolates, cafés y tés de El Barco de Valencia se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia, representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Risueño, 3 Ciudad 3. Cartagena.

Recomendamos.—Quina dulce Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

ECOS DE MADRID.

18 de Octubre 1889.

Decididamente el oficio de Tenorio tiene bastantes que hacer en los tiempos que ahora corren. Por algo pudieron los antiguos plebeos estar en el oficio, y es una lástima que hoy día se propensen á comprar el oficio al precio en que se venden los para-caldas que la ciencia pone al servicio de los aeronautas. Con esta precaución, no se habría rota las piernas un joven que apenas pasado habiendo entrado en una casa por la puerta se vio obligado á salir por el balcón. Además cuando alas, no habría tenido necesidad de llevar el americano, el chaleco y por lo tanto el recien nacido de babilonia donde guardar el reloj se lo habría dejado en casa; con cuyo motivo habría economizado á una familia la escena cómica primero y la escena dramática después que han costado caras á un amable joven que permitió la entrada del mercedador en el cercado ageno.

En efecto dos parejas al parecer felices; gracias á las omisiones que indico han perdido su ventura. Dos lazos conyugales se han roto al mismo tiempo que las piernas del Tenorio, y el diablo que se entreña en soplar cuando el fuego y la estopa están juntos puede darse por satisfecho.

La gaceta periodística con esa terrible ligereza que la caracteriza, nos ha contado el suceso y la humanidad como siempre sucede en estos casos se ha reído de lo lindo.

El marido que sorprende en flagrante delito de infidelidad á su consorte, un amante que huye y se perniquebra son por desgracia materia cómica.—En estas funciones se anticipa el sainete al drama.

—¿Tú, Eul?
—¿Quién llama?
—¿Tú, tu esposo? No me reconoces por mí, ¿no?

Momento de caprichosa confusión:
—¿Tú, tu esposo? Espera, no me voy me estoy vistiendo!

Entre tanto el ladrón de la honra se sabe que hacer, busca un escondrijo y cuando no lo encuentra ó escapa por el te-

jado ó se precipita por el balcón á riesgo de quedarse en el sitio.

Al fin entra el marido. ¡Qué situación la de la esposa culpable! ¡Bien la castiga su conciencia en aquellos instantes!

—Un sombrero!

—Un som... ¿qué?

—Una americana! Un chaleco! Un reloj

¿Qué significa esto?

—Pues significa...?

—¿Qué? grita el esposo escamado y furioso.

—No te lo quería decir para no darte un disgusto.

—Explicate enseguida.

—Haze poco... llamaron... creí que eras tú... abrí...

—Y no era yo.

—Era otro...!

—Ahí infame!

—No me culpes... juzgué... Pero le eché á la calle.

—Quedáudote con esas prendas para recuerdo.

—Voy á matarte... voy...! Pero no, no mereces que yo pase un mal rato ante un tribunal, ni que obligue á los jurados á que pierdan el tiempo en absolverme. Te castigaré de otro modo. Vecinos vecinos! vengan ustedes... Mi mujer me ha engañado... aquí la tienen ustedes, véntala por la última vez porque voy á devolver la alhaja á sus papas.

Mientras tanto en la calle recogían al Tenorio y lo llevaban á su casa donde se quedó solo al día siguiente cuando supo su cara mitad—porque también era del gremio—la felonía que había cometido.

No todos los maridos ofendidos se conforman con devolver al redil paterno la oveja descarriada. Pero de todos modos ganos felicidad conyugal. Por qué se casaría una mujer capaz de engañar á su marido y un marido capaz de engañar á su mujer.

Sino fuera este, por desdicha un asunto, harto manoseado; qué estudio psicológico y fisiológico podrían hacer cualquiera de los dos novelistas, cuyas últimas producciones saboreamos en estos instantes!

Atudo á la *Incógnita* de Pérez Galdós y á la *Morriña* de Emilia Pardo Bazán, dos admirables estudios de la vida real, que han venido á aumentar la justa fama de estos dos escritores.

El año literario que suele empezar en Otoño se presenta bien. Además de las dos joyas que he citado, ha empezado á publicarse una novela de inmenso interés que en Francia, su cuna, ha alcanzado un éxito fabuloso y que se lee actualmente con avidez en todos los idiomas europeos. Atudo á la novela titulada *Martirio*, de Adolfo O'Ennery, que es un poema consagrado á demostrar y exalte la abnegación, y el sufrimiento de la mujer llevadas á los últimos límites de la realidad de la vida.

Leído sus dramáticas páginas se comprende y se admira la inmensa fuerza de la debilidad femenil.

Como todos los peribullos habían de los moros que son nuestros huéspedes, me limitaré á consignar que revelan una cultura tal esos marroquíes, que no vamos á saber en adelante con quien comparar á los

que antes juzgáramos dignos de habitar en Marruecos.

Julio Nombela.

Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

ESCOPETA.

Charada

Primera, dos tercera

aun no he visto un coliseo;

ni sin colores bonitos

jamás tercera y cuarta veo.

Pero vi una todo ayer

que aunque olvidarla es mi afán,

mirándola en mi memoria

siempre los ojos están.

La solución en el número próximo.

EL CONTRAMAESTRE.

A vuela pluma

Tenia un humor de mil diablos, cha de estar podrido todo el cardelaje de mi cuerpo decía. Cuando su rostro se hallaba sereno se veían en él rayas, quebraduras y patas de gallo, estaba estrellado, con aquella red, que formaba de gestos furiosos, el emperado carácter del viejo marino.

Tosía como una carraca vieja; su habla era oscura y torpe, fumaba mucho, juraba más de aquella boca de negro; dientes no sabía sino humo y palabras.

Y sin embargo era un angel.
El Tenorio le mortificaba y estaba siempre triste «por dentro», según acostumbraba á decir.

Clavado ya nadie le quería ajustar, ni ya podía servir á bordo, sino para cuidar las gallinas ó hacer de perro ratonero; cuando no le restaba otro consuelo que el de contemplar desde la costa la mar y los barcos que entraban y salían del puerto, ó el de darse el placer de contar á los boquiabiertos y pi luojos de playa que le escuchaban, su vida de marino y una señora de la ciudad le proporcionó la plaza de maestro de maniobras en un Barco Asilo, escuela Botante de marineros.

La chiquillería le alegraba, en el discordante tumulto de voces infantiles, en la inquieta movilidad de los niños hallaba él los ruidos, las gracias, las incesantes ondulaciones, el espectáculo mismo que siempre había tenido ante sí, algo muy semejante á la mar y que como esta sujetaba el ánimo e un encanto y en un asombro constante.

A veces se burria también, «los muñecos» eran buenos para niños, pero demasiado poco para marineros; además, no hay cosa más terrible para un hombre de mar que estar á bordo de un buque siempre anclado; esto produce efectos de pesadilla; hallarse un marino preso en tierra es mejor que verse condenado á padecer en un barco paralítico.

Y el Barco Asilo no podía moverse.
—Aquello no es un barco, es una papirera—decía á sus camaradas cuando por acaso iba al puerto y se detenía en la «Cantina catalana» á echar un trago.

No había nacido para maestro; le costaba mucho tener su cudería; no podía cumplir con los niños según se le requería que siempre había empleado casado á verdaderos marineros á quienes había pagado un salario que le imponía leyes de patrón, pero solo por no complacer al maestro de escuela y al mosquito muerta d el capellán, se dominaba.

Un día vio al maestro de escuela tirar de las orejas á un pequeuelo, y sorprendió al capellán, extrañado á otro capellán en la cabeza.

—¿Qué entranas tienen esos hojaldreros—dijo.

Los niños le tenían, siempre le hallaban con cara de juicio, siempre le oían hablar enojado; debía de tener la sangre más negra que la misma breca; y lo cierto era que en las maniobras no perdonaba una falta, quería además que las cosas se hicieran pronto y bien.

Los muchachos eran todos hijos de marineros; niños con voz hombruna, músculos recios, más ágiles en los ejercicios de maniobra que aplicados en el estudio; morenos, graves, ceñudos, con caritas en las que se revelaba firmeza de corazón; amigos de hombrear, fumadores furtivos y nadadores audaces, larvas de marineros, niños hombres, canchales y terribles querubines del mar.

El contramaestre Juan, miraba por igual á todos, no prefería á ninguno; quizá le amaba pero tal vez temiera fijar su cariño en un favorito.

Una vez al barco además de la pajatería, canasto de sardinas, griferos, hospicio de mar.

El contramaestre no había conecido á sus padres, ni había tenido familia. «Ni padre, ni madre ni pariente que me lea, he sido como el caracol», decía, y esto le llenaba de contentamiento y por esto lanzaba á lo mejor risotadas estruendosas.

Lucasillo estaba entre los niños, pero no vestía aún el uniforme; acababa de llegar á «La Vela», nombre del Barco Asilo, vestía unos pantalones de color de pasa, una chaqueta negra con botones de plata y unos botegües de cuerdas, con grietas y borras.

Era un niño delgado, pálido, delgado la piel dejaba ver el ramaje de sus huesos; sus ojos eran grandes, sombreados y tristes.

—¿Para qué va á servirme este ropaje—dijo—decía el viejo contramaestre mirándole con una expresión indecible en la que no se sabía si se mostraba compasión ó desprecio.

La menuda ganta de «La Vela» reinaba, honramente de aquel niño asustado.

—Es un señorito—decía un amador á otro.

—El hijo de un levitilla—añadía groseramente otro.

—¿Qué quebradizo que un barquillo.

—Si sopla barlovento le pone, en el topo de gallardete.

El contramaestre le dirigió varias veces la mirada al niño como le hizo caso al viejo aguilón voz delgada y tímida, callando.

—Tiene voz de Anitón.
Una explosión de risas acogió aquella gracia, toda la tripulación celebró la ovación.

Lucasillo bajó los ojos.

—Anda, anda á cambiar de trapos.

El contramaestre fue á la cámara del maestro de escuela que era el jefe del barco, quería preguntar quién era el niño que se portaba como le había enseñado.

El maestro le enseñó el libro de registros.

«Barco de San José, nacido de Madrid, 1889».

Leyó el contramaestre y quedó un momento pensativo, después dió un puñetazo en la mesa y haciendo un loco, dijo:

—Bueno, ya se falta al reglamento del